

OUVIER DABÈNE

Profesor de Instituto de Estudios
Políticos, en Aix en Provence.
Director del Centro de
Ciencias Políticas Comparativas

Correo electrónico: o.dabene@wanadoo.fr

La elección de Lula a la Presidencia del Brasil, constituye un evento cuya importancia no se escapa a ningún observador atento a las evoluciones políticas de América Latina y del mundo "en desarrollo". Mucho más allá del símbolo que constituye la victoria de un antiguo obrero en el país de las desigualdades sociales, el ascenso al poder del Partido de los Trabajadores (PT) en un gran país "emergente" puede representar una nueva "vía" llamada a hacer escuela. Un "efecto Lula" ya es, por otra parte, perceptible en América Latina.

Claro que para que esta nueva vía tenga alguna posibilidad de surgir será necesario que el electorado se conforme con débiles márgenes de maniobra de los cuales dispone un presidente de la república en un mundo globalizado, que impone el respeto de los grandes equilibrios macro-económicos. Y también será necesario que las fuerzas políticas que se inspiran en el "Ptismo", no olviden el pragmatismo que caracteriza la formación de Lula.

El PT en realidad no llegó al poder por casualidad. Su aumento progresivo en el Brasil, durante los últimos veinte años, lo dotó de una experiencia y de un realismo que debería permitirle evitar bien los escollos. El paso de la gestión de las colectividades locales al gobierno de un país de 175 millones de habitantes no va a ser tan fácil.

Antes de la victoria del 27 de octubre del 2002, el PT gobernaba ya una buena parte del país. El federalismo brasileño súper impone tres sistemas políticos, a nivel de los municipios (más de 5000), de los estados (26 más el Distrito Federal), y la Federación, lo cual multiplica las posiciones de poder. Después de su aparición a comienzos de los años 80, el PT construyó feudos electorales, especialmente en la cintura industrial de Sao Paulo, o en el Rio Grande del Sur (y en su capital Porto Alegre), sino que también extendió su influencia al conjunto del país a tal punto que el PT gobernaba más de 80 millones de brasileños antes de la victoria de 2002. En la segunda vuelta de la elección presidencial, Lula además estaba de primero en todos los estados de Brasil, con excepción de uno.

En todas las ciudades y estados gobernados por el PT, apareció un nuevo estilo de gobierno que se convirtió en la marca de ese partido, tanto en el Brasil como en todo el mundo. El PT buscó democratizar el manejo de los asuntos públicos desde muy temprano; introdujo importantes innovaciones tanto de su forma como de su contenido. La más conocida entre ellas es evidentemente el presupuesto participativo, introducido a comienzos de los años 90 y que se practica hoy en más de 140 colectividades locales en Brasil. Los límites de estas experiencias han sido muchas veces subrayados, pero en cuanto a la introducción de dispositivos de participación y deliberación pública, el PT innegablemente ha contribuido al progreso de la democracia local en el Brasil. Otras innovaciones discutidas con menos frecuencia, tuvieron un impacto real sobre la vida cotidiana de los brasileños y explican el éxito electoral de PT, en especial el acento que se dio a la probidad y transparencia, y la importancia dada a lo "social" en la acción pública, bajo todas sus formas (lucha contra las desigualdades y el desempleo, urbanismo, educación, cultura, juventud, etc.).

Falta hacer un balance de esta forma de gobierno local del PT y, sin duda, está mucho más matizado que lo que lo dejan pensar algunos de los defensores de Lula. Una de las razones es la ausencia relativa de homogeneidad interna en el PT. No existen en el Brasil casi partidos políticos "nacionales"; el centro de gravedad de la vida política se sitúa a nivel de los Estados Federales, y el PT no se escapa sino parcialmente de esta regla. Por esto, el PT de Río Grande del Sur no se parece al de São Paulo, ni aun menos al de Pernambuco. Y existen como consecuencia modos de gobierno "gaúcho", paulistas o nordestinistas que finalmente trascienden las divergencias políticas. Hasta el presupuesto participativo fue introducido en Porto Alegre (Estado de Río Grande del Sur) en Arrecife (Pernambuco) y en San Andrés, en las afueras de São Paulo, de acuerdo con modalidades bastante diversas.

Más allá de las diferencias regionales, el PT también ha viajado por varias corrientes ideológicas, que reproducen hoy la variedad de los orígenes del partido (sindicalismo, movimientos sociales, corrientes de izquierda, sectores progresistas católicos). La transferencia de un "método de gobierno PT", experimentado en el

piano local, a la escala de país no es tan claro ni fácil, porque no existe un cuerpo homogéneo de políticas públicas.

El estandarte del PT, el presupuesto participativo, no se podría aplicar por su parte a escala federal por evidentes razones prácticas. Pero más allá del contenido, el método de gobierno del PT es también una imagen de probidad y de inventiva en la gestión pública. La creación de los secretariados de la juventud en los municipios o de un ministerio federal de ciudades por parte de Lula es una ilustración de estas innovaciones.

La victoria de Lula no refleja solamente la voluntad del electorado brasileño de ver el PT aplicar a nivel federal un método de gobierno que ha plebiscitado a nivel local. Ella le debe mucho también a la personalidad de Lula. En el 2002 no es ya el candidato que suscita el rechazo de una buena parte de la población. Después de las dos elecciones precedentes, el social demócrata Fernando Henrique Cardoso no había dudado en aliarse con la derecha más reaccionaria para derrotarlo, porque Lula la asustaba con su discurso. Con el paso de los años, los brasileños vieron transformarse este antiguo dirigente sindical en líder bonachón, con un lenguaje sencillo y moderado, listo siempre a dar lecciones de buen sentido. Cercano al pueblo, pero dedicándose con éxito a reasegurar a una comunidad comercial aburrida por la corrupción, Lula fue aceptado en el 2002 por el conjunto de la población.

Esta elección marca aún más su éxito personal que el de su partido. El PT se convierte ciertamente en el primer partido de la Cámara Federal de Diputados, pero solamente con 91 de los 513 diputados. Este grupo parlamentario no es nada homogéneo, además, una buena cuarta parte está constituida por diputados que pertenecen al ala radical del partido de oposición al movimiento ideológico de Lula hacia el centro. Las elecciones a los cargos de gobernadores, por su parte, no quedaron saldadas sino con la victoria de los tres candidatos de PT.

El aura personal de Lula permitió prolongar su estado de gracia más allá de las primeras pruebas y desengaños. Condenado a seguir una política de austeridad, Lula de un solo golpe decepcionó a los sectores sociales que esperaban unas reformas rápidas y radicales. El Movimiento de los Sin Tierra (MST) retornó rápidamente a su estrategia de ocupación de tierras y la reforma del sistema de pensiones, que se estableció con el apoyo de la oposición suscitó la cólera del ala radical del PT el cual hizo circular una declaración llamando a la "reapropiación del partido".

A pesar de todo, nueve meses después de entrar a ejercer sus funciones Lula todavía goza de un fuerte apoyo entre la opinión pública brasileña, y también es popular todavía en el plano internacional, en donde su tranquilidad y su pragmatismo seducen tanto a los grandes de ese mundo como a los grupos movilizadas contra el mundialismo neoliberal.

La participación de Lula, que entró en función apenas en enero del 2003 en el Foro Social Mundial de Porto Alegre y a grandes zancadas en el Foro Económico de Davos, dejó sus huellas. También se siente muy cómodo frente a públicos radicalmente diferentes. Lula preconiza con brillantez el advenimiento de un mundo sin miseria y sin hambre.